



Cristina

Alberto Arenas Fong*

Uy sí, pero si bien que me acuerdo de ella. Estaba así, chiquita, como de este tamaño cuando yo la conocí. Era hija de una amiga de tu tía Lara, la de San Ramón, no sé si te acuerdes... no, no, tú estabas muy niño cuando ella falleció. A Larita le dio un infarto y la encontraron sentada en el baño, mira tú nada más cómo son las cosas, y ya tenía rato, ya estaba toda hinchada y verde. Pero sí, yo la conocí hace muchos años, éramos chamacas las dos, ella más que yo, pero éramos chamacas las dos. Nos íbamos todavía a jugar al río cuando niñas, había peces, no muchos, pero había pescaditos chiquitos como los que ahora venden en bolsita en el mercado, charales les dicen, y nos mordían las piernas cuando les echábamos migajón para que comieran. Ya cuando salíamos del agua teníamos todas las patas rojas rojas y llenas con marquitas así como de sangre, como arañones, y mi mamá nos daba unas chingas cuando llegábamos a la casa.

A Cristina nunca la quisieron mucho sus papás; seguido la corrían y ya venía toda desgreñada y chillando aquí, traía la cara llena de tierra y llena de mocos todos escurridos, bien que me acuerdo, y entrábamos a mi cuarto así despacito, abríamos la puerta y caminábamos como gato entumido, pero mi mamá parece que nos olía y de todos modos siempre nos pescaba y nos daba nuestras buenas madrizas porque decía que nos íbamos a revolcar a *nosedonde* y con *nosequien*. Y nomás nos decía "no anden en malos pasos, pinches chamacas".

Porque eso sí, por esos lugares antes era muy peligroso, bueno, más, ahorita ya medio se calmó, pero cuando yo era joven era peligroso. Seguido decían que se aparecía la Llorona y se llevaba a los borrachos que estaban por ahí tirados de tan briagos que estaban. Ya al día siguiente amanecían en las vías del tren todos despanzurrados porque les pasaban los vagones encima de que ahí aparecían

* Egresada de Licenciatura en
Lingüística y Literatura Hispánica
en la Facultad de Filosofía y Letras,
Benémerita Universidad Autónoma
de Puebla.

dormidos, quién sabe como, y se veían muchas cosas: nahuales, el Charro Negro, bolas de fuego.... A tu primo Efrén un día lo espantaron y llegó todo pálido a casa de tu tía, de veras, no te miento, pregúntale ahora que lo veas.

Pero por lo que de verdad estaba peligroso era por los arrieros, así les decían, quién sabe quién les puso su apodo, a lo mejor porque parecían rancheros, hombres que venían del norte o de la Ciudad de México, señores así con sus *camionetes* y sus sombreros como los de esas novelas que luego pasan en el dos, y llegaban aquí a robarse a las vacas de los establos y a las niñas que luego encontraban en la calle. A mi papá, en paz descanse, dos que tres veces le quisieron robarme, pero salía con su rifle y les tiraba, a varios hasta los mató, ni modos, pero un día regresaron en la noche y mataron a mi vaquita Prieta, una vaquita que tenía así sus cuernitos y daba mucha leche, habrá sido venganza o nomás por puro rencor, pobrecita, todavía recuerdo sus ojitos yéndose y cómo respiraba toda espantada... ¡Ay! cómo le lloraba y le lloraba a mi Prietita.

Pero es que un día fue que cuando Cristina y yo nos fuimos a lavar la ropa al río, se acercó uno de esos hombres dizque a tomar agua al cauce del río ¿tú crees? Bueno, antes el agua no estaba puerca, te digo que hasta había *charalitos*, no que ahorita ya está todo negro y hasta saca espuma verde o amarilla quién sabe de qué. Total, que el hombre se acercó y Cristina le siguió el juego; se reía y se reía de lo que le decía: que nos iba a llevar al cine y que nos iba a comprar vestidos nuevos y que nos iba a meter a estudiar la universidad allá en México y que hasta nos iba a dar dinero si nos íbamos con él. “—Pendeja —le decía mi mamá—, no ves que esos cabrones nada más quieren agarrarte de su piruja para meterte a que te cojan entre tantos hombres, hasta crees que te va a sacar de pobre gratis—”. Pero a Cristina le entraban por una oreja y le salían por la otra los sermones. Le entraban mejor los chingadazos, las cachetadas que le daba mi mamá de tan desesperada que estaba porque nomás no entendía.

“Es necia como las mulas”, decía cada vez que aquella llegaba noche y recontenta de que ya tenía hombre que la mantuviera. “¡Cómo va a mantenerte si ni su esposa eres!”, le gritaba mi mamá. La otra mejor se callaba y se salía. Se largaba llena de lágrimas, no sé si de ira o de tristeza quién sabe a dónde. Varias veces mi mamá le llegó a decir que era una piruja. Ya después no le importó y de ahí todos los días se iba a meter con el hombre aquel. Regresaba a

Pero a Cristina le entraban por una oreja y le salían por la otra los sermones.

la casa hasta al día siguiente o hasta dos o tres días después. Luego estaba aquí y le temblaban todas las piernas o ni podía caminar, ya sabrás tú por qué. ¡Sí! pues si no perdía el tiempo. Había veces que llegaba bañadita y con ropas nuevas. “—Y ahora tú de dónde sacaste eso —le decía mi mamá. —Me lo regaló mi novio —contestaba la otra— y fuimos al cine y me llevó a bailar y me trajo aquí y me trajo allá—”. Mi mamá mejor ya nada más mecía la cabeza.

Meses después regresaba toda pálida y sudando frío, yo creo que de tanta droga que se inyectaba porque hasta le sangraban los brazos y las piernas, se parecían a los *rasguñones* que nos hacían los charales cuando éramos niñas, pero no, eran todos los piquetes de pura droga que se inyectaba. Mi mamá le hacía unos téis y le ponía trapos en la cabeza para sacarle todo eso que sudaba, ese sudor frío y pegajoso que le mojaba la espalda y le escurría por toda la frente y le dejaba todas las greñas tiesas y sebosas, pero por aquí se aliviaba, por aquí se largaba de nuevo con el hombre aquel, Ricardo, creo que le decían, un hombre feo como la chingada y bien cabrón que se veía el desgraciado, pero quien sabe tú que le viera desde el principio esa Cristina que la traía en la pendeja.

Hasta que un día ya jamás regresó. Se fue, y como ni era su sangre de mi mamá, pues ni la buscó, aunque yo sabía que estaba preocupada, se le veía en la cara... pobrecita de mi mamá, tan buena siempre ella, pues la crío como su hija luego de que los papás de Cristina se cruzaron al otro lado y ni adiós dijeron, nomás nos la dejaron ahí arrumbada como perro. Ella no entendía bien pero se resignaba, sabía que nunca les perteneció a ellos ni a nadie, y tenía en los ojos la mirada de la persona que ha sufrido las desgracias. Cuando desapareció, hasta mi papá preguntaba por ella y la iba a buscar a los bailes del pueblo, a los cines de la ciudad y a los *restaurantes*. Pero nada. Un día fue a tocarle a la casa del tipo aquel y le dijeron que ahí no vivía y que jamás había vivido ahí.

Y yo ya no estaba chamaca, ya sabía lo que hacía, yo ya iba a entrar a la universidad... bueno, estaba trabajando en el Aurrerá que abrieron ahí por Libres, el primerito de hace años, y ya con eso me pagaba mis estudios y mis libretas. Hasta me daban de comer en la tienda, a veces me tocaba el pan duro o los restos de la sopa, pero bueno, igual no era su obligación darme.

Pero sí, Cristina siempre fue así: muy despistada, muy inocente, muy necia, decía mi mamá. Quién iba a pensar que ahorita que prendí la tele y le pasé a las noticias iba a salir ella, toda embolsada e hinchada como la tía Lara. Se veía igual, ¡hasta verde! Pobrecita, ya toda una señora, gorda y con la cara llena de manchas. Tan flaca que siempre fue ella, muy fina de su cintura... pero esos hombres la desgraciaron toda. Dijo el del noticiero que la encontraron tirada en la maleza de una banqueta, cerca de un lote baldío, que los perros ya se la estaban comiendo, según.

Yo recuerdo haberla visto hace años ahí en el tianguis que se pone los domingos, estaba ella toda... pues sí, ya toda pintarrajeada como piruja, como decía mi mamá. Yo creo que las primeras veces hasta le daba vergüenza porque yo la veía y nomás volteaba la cara, pero ya después se acercaba a saludarme, así bien quitada de la pena, y hasta me invitaba mis tacos de carnitas ahí en el puesto de José Carlos, un novio que tuve yo en la prepa. Sus papás eran carniceros y dicen —quién sabe ¿no?— que luego daban carne de perro y hasta de gato. Pero eso sí, muy sabrosos los tacos, lo que sea de cada quién.... Quién sabe si habrá sido él, el Ricardo, después de tantos años... la gente se cobra venganza, o nomás por puro rencor...

—¿Te puedo robar más café, abue?

—Claro, mijo. El que quieras.